



Juan Soto Ivars ha tardado ocho años en escribir 'Crímenes del futuro', una distopía que transcurre en una España apocalíptica. :: BORJA AGUDO

«Hemos descubierto que no podemos soportar la libertad de expresión»

Juan Soto Ivars Escritor

OSKAR
BELATEGUI

Twitter: @Belategui

Desengañado de las redes y de las tertulias televisivas, este ensayista azote de los linchadores digitales regresa a la literatura

BILBAO. Juan Soto Ivars (Águilas, Murcia, 1985) ha denunciado los linchamientos y la «postcensura virtual» que han establecido las redes sociales. La repercusión de su fundamental ensayo 'Arden las redes' le ha convertido en columnista de varios diarios y tertuliano «desengañado» en televisión. Con 'Crímenes del futuro' (ed. Candaya), este azote de los «pajilleros de la indignación» regresa a su auténtica vocación, la literatura. Su cuarta novela dibuja un país preapocalíptico, más parecido a la misera España de los años 40 que al siglo XXI.

— ¿Es usted un 'influencer'?

— Si lo soy debo ser de los cutres, a mí no me pagan las marcas. Si fuera 'influencer' me gustaría ser Dulceida y repartir gafas de sol a los niños afro-

canos. Mientras no me llamen gurú todo va bien.

— ¿Ha agradecido regresar a la literatura de ficción?

— Llevaba ocho años escribiendo 'Crímenes del futuro'. Yo publiqué una novela muy buena, una muy mala y otra que era un poco tonta. Quería que esta quedara perfecta, aunque sé que una persona en el siglo XXI a lo mejor no puede esperar mucho de la literatura. Es una sensación que flota entre los escritores de mi generación de haber llegado tarde a la fiesta.

— ¿La narrativa está demodé?

— Vivimos con mucha competencia. Mi mujer y yo tenemos una amiga judía y hacemos el Shabat. Apagamos el router, escondemos el móvil y nos dedicamos a leer el fin de semana. Yo trabajo gracias a internet, pero nos ha hecho daño. Hemos sido cobayas de una droga que no habíamos experimentado con ratas.

— ¿Estamos despertando ahora del sueño de internet? ¿De creer que Google era una ONG que rastreaba la red por nosotros gratis?

— No solo no son ONG, sino que son peores que otras empresas. Facebook y Google tienen un poder que trasciende de los gobiernos. No sabemos cuánto ha influido Facebook en la victoria de Trump. Google es más importante que todos los medios de comunicación juntos. Somos esclavos de esas plataformas tras haber firmado un pacto con el diablo. Hay una

guerra y yo estoy en el bando de los medios.

— En 'Crímenes del futuro', como en las buenas películas de ciencia ficción, el futuro no es limpio y aséptico, sino cutre y con elementos del pasado.

— Hemos vivido muchos años hacia adelante. Desde la generación de nuestros abuelos hasta la nuestra todo ha sido ir hacia adelante. En los 90 minan los cimientos del progreso con la conversión neoliberal de la economía. Y empezamos a notar las consecuencias a partir de 2000. Ahora todo el mundo sabe que sus hijos van a vivir peor que ellos. La novela nace de una pregunta: ¿cómo van a vivir mis nietos? Si hasta el presidente del Gobierno ha dicho que no vamos a tener jubilación... Esa sensación de fracaso es muy peligrosa.

Guerras culturales

— ¿No ha calado ya ese desencanto? Los jóvenes saben que no tendrán un empleo fijo.

— Si seguimos pensando así el futuro será parecido al de mi novela. Los obreros que trabajaban en las fábricas creyeron que podían tener jornadas de ocho horas y disfrutar de vacaciones pagadas. Ahora lo tenemos todo y nos lo van quitando, con la convicción de que en el futuro no tendremos nada.

— Usted acuñó el término «postcensura virtual». Ya no hace falta un Estado censor, nosotros mismos nos censuramos.

— Las redes nos han dado la mayor libertad de expresión imaginable, y

LAS FRASES



Linchamientos digitales

«Las hogueras donde ardan las brujas funcionan igual que las de internet. Son una forma de purificación de la sociedad y también un espejo»

Experiencia en televisión

«En las tertulias tienes que fingir que contestas, pero ni siquiera has escuchado. Y eso yo no sé hacerlo»

cuando la hemos tenido hemos descubierto que no la queremos. No la podemos soportar. Antes había unos filtros, ahora tu vecino del quinto tan educado se revela en Twitter como un neonazi. Estamos pagando el precio de una libertad para la que no estábamos preparados. Por eso tanta gente quiere poner límites. Hay gente que ha perdido su trabajo por

decir algo en las redes. Y lo peor: que ya no se atreve a hablar.

— ¿Y por qué hay tanto «pajillero de la indignación»?

— Haz una prueba. Tuitea que acabas de entrevistarme y que ha sido interesante. No pasará nada. Pero si escribes que Soto Ivars no ha dicho más que gilipolces, ya verás qué éxito tiene. En las redes triunfan las manifestaciones de indignación. Quien se suma a una indignación colectiva queda como un justiciero, como una persona buena. Las hogueras donde ardan las brujas funcionan igual que las de internet. Son una forma de purificación de la sociedad y también un espejo: al otro lado está todo lo que nos hace justos. No odiamos a Ana Julia, la asesina de Gabriel: ella nos demuestra lo buenos que somos. Los linchamientos son escalofriantes, porque cuando te sensibilizas coges más miedo a los buenos que a los malos.

— ¿Y esto solo pasa en España porque somos un país de cotillas?

— No. En Estados Unidos es terrorífico. Sucede donde hay una guerra cultural violenta, y en España hay muchas. En EE UU Trump, el tipo más misógino del mundo, detenta el poder. Pero en los medios, la universidad y las redes manda el feminismo. Esa guerra cultural polariza el debate y ha hundido la vida al humorista Louis C.K. que es uno de los nuestros. Se hizo unas pajillas con consentimiento delante de unas grupies que fueron a verle. Destruimos a un tipo brillante, feminista, mientras a Trump le votan el 62% de las mujeres blancas. Son dos fuerzas que se agitan, pero que mantienen la sociedad quieta. Es lo mismo que sucede en Cataluña, donde yo vivo. Día histórico tras día histórico y no ha pasado nada.

— ¿Le ha pasado factura situarse en primera línea de esa batalla virtual?

— No. Me quiero ir de Twitter y de Facebook pero no por eso, sino porque me quitan mucho tiempo. Tengo una personalidad compulsiva, me pasa con las drogas y los videojuegos. No me voy porque necesito seguir investigando esta mierda. Quiero dejar de salir en la tele para escribir más.

— Ha conocido el mundo de las tertulias.

— He durado poco. No me sentía cómodo con Ana Rosa (Quintana), pero no por ella. La tertulia televisiva es un espectáculo casi teatral, para estar ahí no tienes que pensar, sino ser buen actor. Marhuenda, Maestre... Son actores. Yo tenía enfrente a Inés y a Arcadi Espada. Cuando no estaba de acuerdo les contestaba, pero me daba cuenta de que la cabaga. Porque en las tertulias hablas para tu público como si los demás no existieran. Tienes que fingir que contestas, pero ni siquiera has escuchado. Y eso yo no sé hacerlo. El público cree ver un debate, pero es propaganda. Y no todo es el 'zasca'.

— Horrible término.

— Cuando yo era niño, decíamos 'gin-su', que era una marca de cuchillos japoneses que anunciaban por la tele. De patio de colegio. Lo triste es que lo hagan los diputados.